

La voz y el arpa, sin ver  
Que es fuerza al fin que renuncien  
La voz y el arpa humilladas  
A empresa donde sucumben?

Desisto, pues, de mi empeño,  
Y aunque me da pesadumbre,  
El salon de Don Fadrique  
Quien pueda que se figure.

## VI.

## EL NOVIO.

Todos los ojos clavados  
En la puerta del salon,  
Toda la gente del baile  
Agolpada en derredor,  
En impaciente y atenta  
Duda un instante quedó,  
Esperando la llegada  
Del venturoso amador.  
Don Fadrique, Diana y todos  
Los parientes que juntó  
En su fiesta el noble duque,  
De sus huéspedes en pos  
Están al dintel parados,  
Que el danzar se interrumpió,  
Y ahogaron los instrumentos  
Su ya no escuchado són.  
Todos inciertos callaban,  
Y allá en confuso rumor  
Del novio por la escalera  
Se percibía la voz;  
Como si alguno á su paso  
Demandándole atencion  
Recibiera una respuesta  
De superior á inferior.  
"¿Comprendistes?" dijo al fin  
En voz clara, "Sí, señor,"  
Repuso otra voz humilde,  
Y él á replicar volvió:  
"La hora las dos en punto,  
La gente nosotros dos."  
Y de sus anchas espuelas  
Aspero compas se oyó.  
Cundió general murmullo  
De gente por el monton,  
La masa de mil cabezas  
Adelantándose hirvió,  
Moviéndose á un tiempo todas  
Para ver y oír mejor;  
Y á tal punto por la sala  
Con paso resuelto entró  
El buen capitán Don César,  
Cual siempre fascinador.  
Echó los brazos al cuello  
De don Fadrique, tomó  
La mano á Diana, y besóla  
Con acendrada pasión.  
Y por la estancia avanzando

En tal guisa les habló:  
"Señor duque, hermosa Diana,  
Si tardé, mirad que estoy  
Pronto desde este momento  
A demandaros perdon.  
—Capitan, en vuestra casa  
Nadie esige sino vos.  
Id, venid cuando os pluguiere  
Sin pena y sin restriccion,  
Que en todo lo que gustareis  
Nos dareis gusto y honor.  
—Pues cuando os venga en agrado,  
Señor duque, la ocasion  
Del notario aprovechemos,  
Con la ley cumplamos hoy,  
Y atendiendo á ambos mandatos  
De justicia y religion,  
Hoy nos casarán las leyes,  
Mañana temprano Dios.  
¿Os place?

—Sí, por mi vida.  
—¿Y á vos, Diana?

—¿Tengo yo  
Mas voluntad que la vuestra,  
Mi esposo y libertador?  
—Pues de ese modo abreviemos,  
Que aunque por ello afficcion  
Siento en el alma, esta noche  
Aun mi ausencia no acabó."

Volvióse á tales palabras  
El duque, y conversacion  
Siguieron de esta manera  
Por lo bajo ambos á dos.  
"Don César, ¿llevais espada?  
—Solamente á precaucion.  
—Sabeis, capitan, que os debo...  
—Gracias, duque; aunque de honor,  
No es asunto de estocadas.  
Sino de tiempo.

—¿Por Dios  
Que tomara por agravio  
Que en caso de esposicion  
Reclamarais el auxilio  
De otro que no fuera yo!  
—Dormid sin cuidado, duque,  
Que en todo evento hombre soy,  
Y os despertaré mañana.  
Volved esta noche vos  
Al baile desde la mesa,  
Danzad, duque, sin temor,  
Y no os acordeis de mí  
Hasta que despunte el sol."  
Y así el capitán diciendo  
La mano de Diana asíó,  
Y á otro aposento pasaron  
Con toda la gente en pos.

Firmáronse alegremente  
Los contratos en union,  
Volvióse á la danza luego  
Y á la mesa se volvió.  
El duque estuvo gozoso,  
El capitán decidor,

Como esigencias divinas,  
Si hay otras que están ladinas  
Punzándola el corazon?

¿Para que son sus sentidos  
Si de nada han de gozar?  
¿Qué fué para los nacidos  
El mundo á que son venidos  
Si en venir han de pecar?

¿Qué sirven de sus cabellos  
Los mal mutilados rizos,  
Si no ha de prender en ellos  
Una fler que haga mas bellos  
Sus ojos antojadizos?

Do quier que su sombra alcanza  
Curiosa va tras su sombra  
Con afanosa esperanza,  
Y el pié se ensaya en la danza  
Do quiera que halla una alfombra.

Do quier que hablan de virtud  
La causa secreta estudia  
De su secreta inquietud:  
Do quier que encuentra un laud  
Un himno de amor prelude.

Tal vez á solas mirando  
De su mansion los cerrojos  
Las horas pasó soñando,  
Y se encontró despertando  
Con lágrimas en los ojos.

Tal vez desde una ventana  
Al ver la inmensa campiña  
Donde cruza una aldeana,  
Trocar su sayal de lana  
Quiso por una basquiña.

Tal vez al tomar su aguja  
Y al bordar un santo nombre  
La santa labor estruja;  
Que audaz tentacion la empuja  
Aldelinear el de un hombre.

Y así se la van los dias  
En suspirar y gemir,  
Por las bóvedas sombrías  
De las largas galerías  
Que la habrán de ver morir

Y sus ojos se marchitan,  
Y sus labios palidecen,  
Y sus piés se debilitan,  
Y sus delirios la irritan,  
Y sus pesadumbres crecen.

¡Oh! que al abrir un convento  
A doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Que bien se ve que su intento  
No la llamaba á su estado.

Y Diana hermosa y radiante  
Y hechicera como el sol.  
Y aunque no faltó un misántropo  
Que admirado se mostró  
Y auguró mal de esta boda,  
Cenando como un leon,  
Desde la cena, la danza,  
Tercera vez empezó,  
Mas que nunca bullicioso  
Y pacífico el salon.  
Mas justo será añadir  
Como fiel historiador,  
Que mientras seguia el baile  
Y de los brindis el són,  
El capitán y Ginés  
Salian al dar las dos  
De la empinada Toledo  
Por las puertas del Cambren.

## VII.

## DOÑA INES.

Cerraron en un convento  
A doña Inés de Alvarado,  
Y obraron con poco tiento,  
Porque jamás fué su intento  
Tomar tan bendito estado.

Niña alegre y bulliciosa,  
De noble estirpe nacida,  
Pensó libre mariposa  
En volar de rosa en rosa  
Por el jardin de la vida.

Con dos ojos que hallan poca  
La luz del brillante sol  
Y una mente inquieta y loca,  
¿Quién puso bajo una toca  
Corazon tan español?

¿Qué valen las celosías  
Que la aprisionan el ver,  
Si en sus bellas fantasías  
Adora todos los dias  
Sus delirios de mujer?

¿Qué importa ¡pese á su estrella!  
Que algunos doctores viejos  
Nieguen el mundo para ella  
Si presintiendo bella  
Se encuentra con los espejos!

¿Y qué la importan los sonos  
Del salterio sacrosanto,  
Si las lindas tentaciones  
De otro Dios y otras canciones  
Se la acuerdan entro tanto?

¿Cómo abrazar las espinas  
Del ayuno y la oracion

¿Pero qué han visto sus ojos,  
Que serenos y radiantes  
Ha días que sin enojos  
Moderaron los anteojos  
Tras de que corrieron antes?

Ella, que ayer esquivaba  
Del templo el cantar sonoro  
Y la oración la cansaba,  
Hoy de rodillas se clava  
Ante las rejas del coro.

Ella, que ayer distraída  
Asistía al gran misterio  
Del Redentor de la vida,  
Hoy no quita embebecida  
Los ojos del presbiterio.

Ella, que ayer con el son  
Del importuno esquilon  
Dejaba el lecho tardía,  
Hoy madruga con el día  
Y adora la creación.

Ella, que ayer descuidada  
Olvidaba sus labores,  
Hoy noche y día afanada  
Multiplica delicada  
Sus bordados y sus flores.

Y salen de su aposento  
Ofrendas del sentimiento  
Bajo formas infinitas,  
Sus labores esquisitas  
Que orgullo son del convento.

Mutación inesperada  
Que á sus hermanas admira,  
"Y la oveja descarriada  
(Dicen) del pastor llamada  
Ya á su redil se retira.

"Ya vuelve al dulce reclamo  
De la dulce compañía  
Y á los cuidados de su amo,  
La blanca oveja que huía  
Tan salvaje como el gamo  
Nacido en la selva umbría.

Y en secretas reuniones  
Dándose la enhorabuena  
Doblaban las oraciones  
Pidiendo á estas intenciones  
Perseverancia serena.

¡Impertinencia importuna!  
¡Oh necias sin duda alguna  
Las pobres siervas de Dios,  
Si no alcanzásteis ninguna,  
Lo que va de Inés á vos!

Tras recogimiento tanto  
Su tez la color recobra,  
Sus ojos brillo y encanto....

¿Y pensais que el fuego santo  
Tales maravillas obra?

¿Pensais que el alma prensada  
En la seca soledad  
Vuelve á una niña apenada  
La pura tez sonrosada  
Y el contento y la humildad?

¡Oh! necias, que sin recelos  
Cubris el mundo y los ojos  
Con vuestros benditos velos,  
Cuando á la luz de los cielos  
Se ven muy mal sus abrojos.

¡Necias! la blanca ovejuela  
Que se vuelve á su pastor,  
Y cuya vuelta os consueta,  
Es tórtola que se vuela  
Al reclamo de su amor.

Cuando sus ojos estaban  
Clavados en el altar,  
El altar no contemplaban,  
Que otros ojos no cesaban  
Sus ojos de reclamar.

Huir las rejas impiden,  
Pero pese á los cerrojos  
Lenguas en ojos residen,  
Y los espacios se miden  
Con las lenguas de los ojos.

Un hombre la contemplaba,  
Y un hombre la devoraba  
Con sus ardientes pupilas,  
Y doña Inés se abrasaba,  
Y vosotras... tan tranquilas.

Ni sorprendisteis su esceso,  
Ni de la reja á una esquina  
Visteis que perdido el seso  
Tendió la mano, y que un beso  
Crugió en la mansion divina.

Ni visteis que en vez de andar  
Al toque de los maitines  
Desde su celda al altar  
Solía mas tarde entrar  
Al atrio de los jardines.

Ni hubo de vosotras una  
Que del paseo celosa  
Abriese ventana alguna  
Y viese huir con la luna  
Una sombra sospechosa.

Ni hubo ningun jardinero  
Que al primer canto del gallo  
Viese acercarse rastreo  
Un rondador caballero,  
Que atras dejaba un caballo,

Ni os ocurrió que sus flores,  
Sus vistosos ramilletes  
Que encontraban compradores,  
Padieron de sus amores  
Guardar ocultos billetes.

Ni la visteis espiondo  
El sueño de la tornera  
Las llaves manoseando,  
Abierta afición mostrando  
Del manajo á la tercera.

¡Oh! que al abrir un convento  
A doña Inés de Alvarado  
Obraron con poco tiento,  
Pues ni han mirado su intento,  
Ni en el capitan pensado.

## VIII.

## AVENTURA INESPLICABLE.

Tras grave asunto, á juzgar  
Por lo que van espoleando,  
Corren dos hombres cruzando  
A caballo un olivar.

No está la noche muy clara,  
Mas bien se ve al pié de un cerro  
Una cruz grande de hierro  
Que dos caminos separa.

Y de advertir fácil es  
Aun á los ojos peores  
Que son dos los corredores,  
Y los caballos son tres.

Echó pié á tierra el primero,  
Y al dar la brida al de atras  
Le dijo:—Aquí esperarás;—  
Y el otro dijo:—Aquí espero.—

Y hacia el convento avanzando,  
Del caballero en la oscura  
Sombra se fué la figura  
Hasta perderse menguando.

Y aquí, ¡ó mi lector amigo!  
Fuerza será que convengas  
En que es preciso que vengas  
Hacia el convento conmigo.

Sigue mi camino, pues,  
Y de una verja detras  
Un atrio acaso hallarás  
A pocos pasos que des.

Sube tres gradas, si puedes  
Da un paso mas, y con él  
Tocarás en el cancel,  
Donde es fuerza que te quedes.

¡Ves un hombre que embozado  
Encorvando la figura,  
Por la estrecha cerradura  
En mirar está ocupado?

Acércate sin temor,  
Que lo que alcanza por dentro

No hace temible el encuentro  
Del capitan reñidor.

Tú, lector, preguntará:  
¿Con que el capitan es ese?  
El mismo, mas que te pese,  
Pero hazte un poquito atras,  
Porque levantando el brazo  
Empuja á espacio la puerta,  
Entró, y dejándola incierta  
Sopló el aire y dió un portazo:

Mas veo, lector, que dices,  
Sin que pueda replicarte,  
Que esto es llamándote darte  
Con la puerta en las narices.

Mas tu impaciencia sosiega,  
Todo lo presenciarás,  
Que del poeta á eso y mas  
El poder mágico llega.

Está el capitan en pié  
En medio de la ancha nave,  
Y á la verdad que no sabe  
Ni qué pasa, ni qué ve.

El templo mira enlutado  
Con lúgubre terciopelo,  
Mucha gente haciendo duelo,  
Y un féretro en medio alzado.

Vense en el paño del túmulo  
Entrelazados blasones,  
Y á la luz de los blandones  
Un cadáver en su cúmulo.

Monges le rezan en coro  
Tristísimos funerales,  
Y le alumbran con ciriales  
Pajes de libreas de oro.

La muchedumbre que asiste,  
Y que la tumba rodea,  
Dado que bien no se vea  
Se ve que de noble viste.

Y parece que al bajar  
El que ha finado á su nicho  
Memoria tuvo capricho  
De su opulencia ea dejar.

Y al par que su eterna calma  
Las oraciones consuman,  
Mirras y esencias perfuman  
La despedida del alma.

Música triste le aduerme,  
Salmodias le santifican,  
E hisopos le perjudican  
El cuerpo que yace inerme.

Mas aquellas oraciones  
Y responsorios precisos  
Llevan de anatema visos  
Y planta de maldiciones.

A veces en sus compases  
Hondos, siniestros, horribles,  
Murmurando incomprensibles,  
Negras é incógnitas frases.

En son lento, ronco y quedo  
Se hacen oír otras veces,  
Y entonces aquellas preces  
Hielan los huesos de miedo.

Otras semejan aullidos  
Discordes, desesperados,  
Lamentos de condenados,  
De los infiernos salidos.  
Otras lejanas rumores  
Cual de tormentas se escuchan,  
O de ejércitos que luchan  
Los espantosos clamores.  
Y siempre siendo los mismos  
Los sonos que se levantan,  
Responsos á un tiempo cantan  
Y murmuran escorcismos.  
Atónito de la escena  
Estraña y aterradora  
Que encuentra tan á deshora  
Y le asombra y enagena,  
Don César con paso lento  
Entre la turba mezclado  
Dirigióse á un enlutado  
Que oraba en aquel momento.  
“¿Quién es el muerto, sabéis,  
(Dijo) á quien rezando están?”  
Y él respondió: “El capitán  
Montoya: ¿le conocéis?”  
Mudo quedó de sorpresa  
Don César oyendo tal,  
Mas no lo tomó tan mal  
Como tal vez le interesa.  
Volvióle la espalda, pues,  
Diciendo. “Me ha conocido,  
Y burlárame ha querido;  
Mas luego veré quién es.”  
Siguió la iglesia adelante,  
Y una capilla al cruzar  
Vió un sepulcro preparar  
Entre otros varios vacante.  
Y á un personaje que halló  
De luto y que parecía  
Que el trabajo dirigía,  
El capitán se acercó.  
“¿Para quién abren la hoya?”  
Le dijo; y el enlutado  
Le contestó decontado:  
“Para el capitán Montoya.”  
Mudósele la calor  
A don César; mas repuesta  
Su calma, al de respuesta  
Volvió entre risa y furor.  
Miróle de arriba abajo,  
Pero no le conoció;  
Segunda vez le miró,  
Pero fué inútil trabajo.  
Ni recordó que quizás  
Le hubiese visto la cara,  
Ni imaginó que la hallara  
Tan repugnante jamás.  
Que encontró en ella tal gesto  
De aterradora hediondez,  
Que por no verla otra vez  
Dejó caviloso el puesto.  
Fuése á otro punto á situar  
Diciendo: “¿Ese hombre estremece!”

De aquel sepulcro parece  
Que le acaban de sacar.”  
Uno tras otro se puso  
A contemplar los que via,  
Mas á nadie conocía,  
De lo que andaba confuso.  
Tenian todos las caras  
Descoloridas y secas,  
Y dijeran que eran huecas,  
A mas de antiguas y raras.  
Cansado de fiesta tal,  
Y á impulso de una aprension,  
Llegóse á un noble varon  
Que oraba con un cirial.  
Cabe él la rodilla apoya,  
Y dícele ya con miedo:  
“¿Quién es el muerto?” y muy quedo  
Contestó el otro: “Montoya.”  
Del catafalco á los piés  
Llegó entonces decidido,  
De aquella duda impellido,  
A ver al muerto quién es.  
Por los monges atropella,  
Trepa al túmulo, la caja  
Descubre, ase la mortaja,  
Y él mismo se encuentra en ella.  
Miró y remiró, y palpó  
Con afan hondo y prolijo,  
Y al fin consternado Dijo:  
“¿Cielo santo, y quién soy yo!”

Miró la vision horrenda  
Una y otra y otra vez,  
Y nunca mas que á sí mismo.  
En aquel féretro ve.  
Aquel es su mismo entierro,  
Su mismo semblante aquel:  
No puede quedarle duda,  
Su mismo cadáver es.  
En vano se tienta ansioso;  
Los ojos cierra, por ver  
Si la ilusion se deshace,  
Si obra de sus ojos fué.  
Ase su doble figura,  
La agita, ansiando creer  
Que es máscara puesta en otro  
Que se le parece á él.  
Vuelve y revuelve el cadáver,  
Y le torna á revolver;  
Cree que sueña y se sacude,  
Porque despertarse cree,  
Y tiende el triste los ojos  
Desencajados do quier.  
Mas ¡nuevo prodigio! mira  
A las puertas, y al dintel  
Ve que despiden el duelo,  
De duelo henchidos tambien,  
Don Fadrique y doña Diana,  
Que arrastran luto por él.  
Baja, les tiende los brazos,  
Les nombra, cae á sus piés;  
“Miradme les dice atónito,

Montoya soy, vedme bien.”  
Y ellos le miran estúpidos  
Sin poderle conocer,  
E inclinando las cabezas  
Replican:—Montoya fué.—  
Entonces desesperado  
Con angustia tan cruel  
Vase otra vez hácia el muerto  
Demandándole quién es.  
“¿No hay quien sepa aquí quién soy?  
¿No hay á salvarme poder?”  
Y allá desde el presbiterio  
De las rejas al través,  
Oyó una voz que decia:  
“Sí, te conozco mi bien:  
Abre; ¿qué tardas? partamos:  
Yo soy tu amor, soy tu Inés.”  
Y los brazos le tendia  
La de Alvarado tambien  
De la reja tentadora  
Tras el cuádruple cancel.  
Mas viéndola cual espectro  
Que le persigue á su vez,  
Gritaba él: Aparta, aparta;  
¿Qué soy cadáver no ves?”  
Y apenas palabras tales  
Pronunció, cuando tras él  
Vió llegarse aquel fantasma  
Cuyo gesto de hediondez  
Le hizo miedo, y no le pudo  
Recordar ni conocer.  
Contemplóle de hito en hito,  
Le asió del brazo despues,  
Y así con voz espantosa  
Vió que le dijo: “¿Pardiez!  
Tú eres quien cambia conmigo,  
A mi sepultura ven.”  
Y á esta horrorosa sentencia,  
Ya sin poderse valer,  
Cayó en el suelo Montoya,  
Falto de aliento y de piés.  
“¿Dónde estoy? ¿qué es de mi vida?  
¿Respiro aun?” exclamó  
Montoya abriendo los ojos  
Con desfallecida voz.  
“Señor, estais en mis brazos.  
—¿Eres tú, Gines?  
—Yo soy.  
—¿Dónde estamos?  
—En la cruz.  
—¿Del olivar?  
—Sí, señor.  
—¿No estuve yo en el convento?  
¿Pues quién de allí me sacó?  
—Yo fuí, señor.  
—¿Tú, Gines!  
—Perdonad, temí por vos  
Y viendo que el tiempo andaba  
Y ni seña ni rumor  
Esperanza me infundian,  
Tras vos eché.  
—¿Santo Dios!  
¿Y llegastes . . .

—A la iglesia.  
—¿Atraído por el son?  
—Señor, no he oido nada;  
¿No os lo dije?  
—¿Cómo no?  
¿Dentro la iglesia no vistes  
Los enlutados en pos  
De mi cadáver?”  
Miróle.  
Absorto de admiracion  
El mozo, y dijo:  
“Soñamos,  
O vos, don César, ó yo.  
Ni ví, ni oí cosa alguna.  
—¿Con que es mia esa vision?  
¿A mis ojos solamente  
Horrenda se presentó!  
¿No visteis conmigo á nadie?  
—Os juro á mi salvacion  
Que solo os hallé, tendido  
Al pié del altar mayor;  
Y viendo el peligro doble  
Del sitio y la situacion,  
Ni me detuve á pensar  
Si estábais herido ó no;  
Cargué con vos, y me vine;  
No oí ni ví mas, señor.”  
Calló Gines, y don César  
A estas palabras quedó  
Distraido y abismado  
En honda meditacion.  
Mirábale de hito en hito  
Gines, que aterrado vió  
De la faz del capitán  
La estraña transformacion.  
Desencajados los ojos,  
Palidecido el color,  
Torvo el mirar, parecia  
Mas que vivo, aparicion.  
Sentado en el pedestal  
De la cruz, do él le posó,  
Inmóvil permanecia  
Sin fuerza y sin intencion,  
Amarrado á un pensamiento  
Que bullia en su interior,  
Y que se veia que todas  
Las potencias le absorbió,  
Como quien mira aterrado  
Negra y horrible vision  
Que le borra de los ojos  
Cuanto ecsiste en derredor.  
Temeroso el buen criado  
Por su juicio y su razon,  
Dirigióle atentas frases  
Con afan consolador.  
Mas él ni tornó los ojos  
Ni á sus veces respondió,  
Ni agradeció sus cuidados  
Que en nada puso atencion;  
Y al cabo de largo trecho  
Con repentino vigor,  
Levantándose en silencio  
En su corcel cabalgó.

Hincóle los acicates,  
Y el poderoso bridon  
Tras un peligroso brinco  
A todo escape salió.  
Santiguóse el buen Ginés,  
Y en su ruin supersticion  
Dijo: "¿si tendrá los malos?"  
Y á escape tras él echó

## IX.

Por una puerta secreta  
Que de los salones sale  
A un secreto gabinete,  
Puede á estas horas mirarse  
A don Fadrique y don César  
Que pálidos los semblantes  
Plática tienen trabada  
De asunto en verdad muy grave.  
Demanda con vehemencia,  
Don Fadrique, y contestarle  
Resiste el otro, en su empeño  
Ambos por demas tenaces.  
El capitán asentado  
En un sillón torvo yace  
Guardando, pésele al otro,  
Un silencio inalterable,  
Y don Fadrique colérico  
En pié á su lado, las frases  
Le dirige más violentas  
Que halló para provocarle.  
Dejábale el capitán  
Que la ira desahogase,  
Como si con él no hablara,  
Ni pudieran escucharles.  
Y al fin, de calma en su cólera  
Aprovechando un instante,  
Dirigióle la palabra  
Con razones semejantes:  
"Todo es inútil, denuestos,  
Súplicas, amagos, ayes,  
El mundo entero no puede  
A que os lo diga obligarme.  
Un secreto es que conmigo  
Quiero que al sepulcro baje,  
Y no ha de saberlo nunca  
Desde el sol abajo, nadie.  
Si es sueño ó delirio mío,  
Quiero de él aprovecharme  
Si es un aviso del cielo  
Es imposible escucharle."  
Tornó al silencio don César,  
Y el duque, que aunque no alcance  
La razón, sospecha alguna,  
Díjole sin ira casi:  
"Don César, noble he nacido,  
Y por mucho que yo os ame  
Llevar no puedo en paciencia  
Sin una excusa un desaire.  
Por precioso ó repugnante  
Que el secreto sea, ¿creéis  
Que no sabré yo guardarle?  
—Sabeis quién soy, don Fadrique,

Y por excusa esto baste,  
Que no hablaré mas en ello  
Si santos me lo rogasen."  
Y aquí ya de don Fadrique  
La cólera desbordándose,  
Dijo al capitán Montoya  
Con voz resuelta y pujante:  
"Vive Dios, señor don César,  
Que esto no es mas que un ultraje  
Que hacer queréis á mi casa,  
Y que está pidiendo sangre!  
Si no podeis el motivo  
Descubrirme que deshace  
Vuestra boda, satisfecho  
De un modo ó de otro dejadme.  
—Señor duque, ya está dicho.  
Si lo dejo de cobarde,  
Pues que me debeis la vida  
Nadie como vos lo sabe.  
Pero os juro que aunque osado  
Llegueis hasta abofetearme,  
No hareis que por causa alguna  
La espada mas desenvaine.  
Ni mas me la he de ceñir,  
Ni mas me harán que la saque  
Cuántas honras y razones  
En el universo caben.  
Mirad, señor don Fadrique,  
Si el secreto será grande,  
Y pues veis á lo que obliga  
Si Hidalgo sois, respetadle."  
Callaron ambos á dos,  
Y continuaron mirándose  
Como hombres en sus propósitos  
Igualmente imperturbables.  
Al fin dijo don Fadrique  
Por la estancia paseándose,  
Como quien duda si debe  
Satisfacer ó vengarse:  
"Señor capitán Montoya,  
Vida y honor me salvásteis  
Una noche, y aunque en esta  
Me los habeis vuelto tales,  
Que no será mucho tiempo  
A restableceros fácil,  
Váyase lo uno por lo otro,  
De nada quiero acordarme.  
Estamos en paz, don César."  
Y continuó paseándose,  
Y atarazándose un lábio  
Hasta revocar la sangre.  
Entonces el capitán  
Con paso medido y grave  
En mitad del aposento  
Fué decidido é encontrarle;  
Tendióle la mano y dijo:  
"Pensad, duque, si es bastante  
A dejaros satisfecho  
De este misterioso ultraje  
Mi resolución postrera:  
Tomad, señor, esas llaves;  
De mis inmensos tesoros  
Haced con justicia partes:

Una á Ginés por servirme,  
Con cuantos muebles hallare;  
Un hospital ó convento  
Fundad con otra, si os place,  
Y otra á don Luis de Alvarado,  
Que gana la apuesta infame  
Que hice de robar á Dios  
La mejor prenda al casarme.  
¿Me comprendeis, señor duque?  
Obedecedme y dejadme.  
Entregad al de Alvarado  
Lo que hoy de perder me place;  
Pero cuidado, don Fadrique,  
Que no sepa el miserable  
Que era Inés, su propia hermana,  
La prenda que iba á jugarse."  
Y así el capitán diciendo  
Un pliego sin letras ase,  
Escribe algunas palabras,  
Lo firma, lo sella y parte.  
Quedó don Fadrique atónito,  
Ginés rompió en voces y ayes,  
Y en llanto amargo, que al punto  
Cambió en lágrimas el baile.  
Cundió la noticia rápida,  
Y el escándalo fué grande,  
Aunque al culpar los efectos  
No acierta la causa nadie.

## X.

## HECHOS Y CONJETURAS.

Todo era habillitas Toledo,  
Y todo interpretaciones.  
Cada cual forjó un enredo  
Y hablaron todos con miedo  
De espectros y apariciones.

Y como en vano buscaron  
Por Toledo al capitán,  
Mil fábulas le colgaron,  
Y los que las inventaron  
Por hechos las creen y dan.

Quién dijo que anocheciendo  
Le vió desde un corredor  
Allá en los aires cerniendo  
Un cuerpo alado y horrendo  
Cual fué bello el anterior.

Quién dijo que un día oraba  
Ante un devoto retablo,  
Y vió al capitán que daba  
Ayuda y defensa brava  
Contra San Miguel, al diablo.

El hecho es que don Fadrique  
A su escribano mandó  
Que en su nombre ratifique,  
Firme, selle y testifique  
Lo que don César firmó.

Que se partió su tesoro  
Algunos días despues,  
Que se dió á los pobres oro,  
Y que rico como un moro  
Partió á la corte Ginés.

Ni mas descubrirse pudo,  
Ni puede decirse mas,  
Y este es el hecho desnudo,  
Pábulo, origen y escudo  
De las mentiras de atras.

Mas hay entre todas una  
Que fábula ó tradicion,  
En escritura oportuna  
Encontrarla fué fortuna  
Separada del monton.

El vulgo á su vez la cuenta  
Como innegable verdad,  
Y de quien dudarla intenta  
Dice que de Dios atenta  
Al poder y majestad.

Yo trovador vagabundo,  
La oí contar en Toledo,  
Y de aquel pueblo me fundo  
En la razón, y así al mundo  
Contarla á mi turno puedo.

Ni quitaré ni pondré;  
Como á mí me la contaron  
Fielmente la contaré,  
Y á ser falso, juro á fé  
Que en Toledo me engañaron.

Diz que pasaron diez años,  
Cada cual lleno á su vez  
De azares y desengaños,  
Mas á nuestro cuento estraños  
No hacen al caso los diez.

Las fabulillas cesaron  
De hervir en la muchedumbre;  
Diana y otras se casaron;  
Y en fin, segun es costumbre,  
Al que murió lo enterraron.

Y del mar de su destino  
Ya pronto á romper el dique,  
Diz que al linde del camino  
De la vida, don Fadrique  
Pidió aprisa un capuchino.

Y severo y respetable  
Con la faz descolorida  
Vino un varon venerable  
Al duque á hacer tolerable  
La tremenda despedida.

Tras sí la puerta entornó,  
Y cuando á solas quedó